

mismo ejercicio; volvedlo á comenzar tres veces, cuatro veces, diez veces, sin perder la paciencia. Tendréis primero alguna dificultad: el desarrollo será corto y flojo; poco á poco, al derredor del tema principal, vendrán á agruparse ó ideas accesorias ó hechos probantes. *Es preciso no aprender nada de memoria.* ¿Para qué os servirá el ejercicio que os recomiendo? Para que preparéis un pingüe y fértil humus de giros y de palabras sobre la materia que debéis tratar.»

Consejos preciosos son estos. Cada uno de ellos es la confirmación directa de las teorías sobre el lenguaje y sobre la memoria que he expuesto en el principio de este estudio. Tengo, á lo más, una reserva que exponer respecto de la fórmula: «No os preocupéis de las frases mal construídas.» Digo por el contrario, y he dado mis razones, que es preciso no descuidar nada desde las primeras incubaciones de la palabra. Debe evitarse en la preparación mental la *flojedad* de las expresiones, penetrándose de esta idea, que admitida la primera vez la palabra impropia quedará fijada en la memoria, inhibiendo en lo sucesivo á la palabra propia.

Ciertamente, lo reconozco, no se encontrarán de primera intención todos los desarrollos del discurso; pero no por eso es menos útil vigilar constantemente la construcción gramatical de las frases pensadas y la propiedad de los términos meditados.

CAPÍTULO II

La Revolución de Inglaterra, — lo mismo que la Revolución francesa, lo mismo que todas las revoluciones, — dió al verbo humano su empuje irresistible y su esplendor trágico. La elocuencia parlamentaria es hija de la pasión política. Nunca como entonces manifestó el temperamento inglés toda su energía, todo su orgullo y toda su rudeza; nunca como entonces ha sido tan vigorosa, tan altiva y tan áspera la elocuencia británica. «Por la primera vez, dice Taine, desde la ruina de la tribuna antigua, encontró la elocuencia el suelo en el cual pudo arraigarse y vivir, y se levantó una cosecha de oradores igual, por la diversidad de los talentos, por la energía de las convicciones y por la magnificencia del estilo, á la que antaño cubrió el *ágora* griego y el *forum* romano. De tiempo atrás, parecía que la libertad de discusión, la práctica de los negocios, la importancia de los intereses empeñados y la magnitud de las recompensas ofreci-

das debiesen provocar su crecimiento; pero abortaba, cubierta por la costra de la pedantería teológica ó restringida por las preocupaciones locales, y el secreto de las sesiones parlamentarias le quitaba la mitad de su fuerza al quitarle la plenitud de la publicidad. Pero al fin vino la luz; la publicidad primero incompleta y después plena, hace de la nación entera el auditorio del Parlamento. El discurso se eleva y se ensancha al mismo tiempo que el público se desbasta y se multiplica. El arte clásico, que alcanzó su perfección, proporciona el método y los desenvolvimientos. La cultura moderna hace entrar en el razonamiento técnico la libertad de las conversaciones y la amplitud de las ideas generales... Voltaire dudaba « si las arengas meditadas que en otro tiempo se pronunciaron en Atenas y en Roma son superiores á los discursos no preparados del caballero Windham, de lord Carteret » y de sus rivales. En fin el discurso acaba por calar la aridez de las cuestiones especiales y la frialdad de la acción acompasada que durante tanto tiempo lo comprimieron; despliega irregular y audazmente su fuerza y su lujo, y se ve aparecer, en frente de los lindos abates de salón que componen en Francia cumplimientos de academia, la varonil elocuencia de Junius, de lord Chatham, de Fox, de Pitt, de Burke y de Sheridan (1). »

(1) H. TAINE, *Histoire de la Littérature anglaise*, t. III, p. 322 y 323, Hachette, ed. — Léase todo el capítulo III.

Junius no era un hombre de tribuna; era un escritor que *escribía como orador*, con una elocuencia cruel y corrosiva. Burke tuvo, es verdad, magníficos triunfos oratorios: su grandilocuencia pasmaba y arrebatava; pero era, ante todo, un filósofo y un poeta; su espíritu genial estaba compuesto de inteligencia soberana, de ciencia profunda y vasta, de imaginación creadora y de corazón humanitario. Fué el hombre más grande de su época.

El Primer Pitt (lord Chatham).

Tipo de verbo-motor absoluto. « Cuando pareció la primera vez en el Parlamento, era su traza naturalmente agraciada y majestuosa, los rasgos de su fisonomía nobles y altivos, sus ojos llenos de vida y de animación, y su voz tan flexible y extensa que, hablando bajo, se percibía en todos los extremos de la Cámara, y cuando la alzaba, desplegando todo su volumen, entonces era como un órgano, cuyos acordes se percibían á través de las escaleras y antecámaras, y en el recinto de Westminster-Hall; cualidades importantísimas todas estas que Pitt cultivaba con asiduo esmero. Un observador malévolo dice que su acción era mejor y más dramática que la de Garrick, y es positivo que la movilidad de su fisonomía causaba maravilla... Todos los tonos, desde el acento más apa-

sionado hasta el aparte más satírico, éranle familiares, siendo probable que su afán de perfeccionar las grandes dotes que poseía, diera también por resultado contribuir á desarrollar en él la pasión que tenía por los efectos teatrales, la cual... fué uno de los vicios de su carácter.

« Mas no fué única ni principalmente á sus dotes exteriores á lo que Mr. Pitt debió la influencia que logró gozar en la Cámara de los Comunes por espacio de treinta años, sino á sus condiciones de grande orador, condiciones cuya naturaleza y extensión es fácil comprender leyendo las relaciones de sus contemporáneos y los fragmentos que nos quedan de sus discursos.

« Pitt *no preparaba nunca sus oraciones*; y si algunas veces, en su larga carrera parlamentaria, *contravino á esta regla, fué para fracasar completamente todas ellas, siendo buena prueba de esta verdad su elcigio del general Wolfe que pareció á cuantos le oyeron la peor de sus arengas. Nunca ningún orador supo menos que él aquello que había de hablar*, dice un crítico que lo había oído con frecuencia. Pero esta facilidad suya se tornaba en defecto, *no siendo por esa causa dueño, sino esclavo de su propia palabra*; y tanto lo sabía y *tan poco dueño era de sí una vez dado el primer impulso*, que no quería tomar parte nunca en las discusiones cuando le preocupaba un secreto de Estado. « Fuerza es que me calle y esté quedo, dijo

en cierta ocasión á lord Shelburne, porque *cuando hablo es necesario que diga todo cuanto tengo en la cabeza.* »

Así es cómo magistralmente caracteriza lord Macaulay (1) el genio oratorio del famoso *Commoner* (tribuno parlamentario).

El primer Pitt fué en la tribuna más que un orador, un actor, y actor digno del teatro de Shakespeare. « La vida pública de Pitt es una obra dramática brillante, pero incompleta... ; sin unidad de plan, pero salpicada de magníficas escenas y pasajes... Lord Chatham era un actor en el despacho de S. M., en el Consejo, en el Parlamento y hasta en la vida privada; porque en ninguna ocasión ni circunstancia *pudo reprimir su voz*, ni deponer sus ademanes teatrales. Tanto es así, que muchas veces hemos oído decir con referencia á uno de sus parciales más eminentes que se quejaba siempre de no poder entrar en la cámara de lord Chatham sin que todo en ella estuviera dispuesto para la representación, antes de que los muebles, las ropas y las cortinas estuvieran artística y convenientemente preparados, antes de que las ventanas se cerrasen ó se abriesen en la medida y proporción necesaria á producir efectos de luz á lo Rembrandt en la cabeza del aristocrático é ilustre comediante, y que las colchas y las franelas de su

(1) MACAULAY, *Estudios biográficos, Lord Chatham*, traducción de M. Juderías Bender, Madrid, páginas 20 y siguientes.

cama tomaran pliegues de paños griegos, y que su bastón de cayada estuviera colocado de modo tan elegante como pintan el de Belshario ó el del rey Lear (1). »

En cierta ocasión que se reunió el Parlamento para tratar de un asunto muy grave, los ministros estaban seguros de obtener el triunfo en la discusión y en la votación, debido, entre otras cosas, á que Pitt se encontraba enfermo y no podría combatirlos. « ...Comenzó el debate, y ya duraba cierto tiempo, cuando se oyó en el patio de la Cámara tumulto de voces y aclamaciones incesantes que se acercaba; ábrese de repente la puerta del salón, y entonces todos vieron á Pitt traído en brazos de sus criados, y rodeado de la multitud que lo vitoreaba. Cubría su rostro demacrado palidez mortal, traía la cayada y venía cubierto de franela: dejáronlo cerca de la barra, sus amigos lo rodearon á seguida, y con su ayuda pudo llegar hasta su escaño. De este modo, *habló durante tres horas y media* contra la paz (2)... »

« Su postrer discurso fué un ataque simultáneo á la política del Gobierno y á la preconizada por la oposición; pero la muerte lo redimió y le restituyó el amor de su patria. ¿Ni quién tampoco hubiera podido ver con ánimo sereno y ojos enjutos la caída de aquel coloso? Hasta las circunstancias

(1) MACAULAY, *op. cit.*, p. 3.

(2) MACAULAY, *op. cit.*, p. 119.

mismas de su muerte, antes parecen pertenecer al género trágico que no á la vida ordinaria de los hombres: orador famoso, gloria de la tribuna inglesa, gran ministro, colmado de honores, abrumado de los años y de incurable dolencia, se dirige al Senado apoyándose en el brazo del hijo querido...; y allí, en medio del consejo, en la ocasión misma que se esfuerza para reanimar el espíritu decadente de su patria, cae como herido del rayo, y muere luego (1). »

Fox.

Verbo-motor. Conjeturo que era un auditivo que se transformó á fuerza de constante ejercicio en verbo-motor, logrando no sólo rivalizar, sino vencer á veces en elocuencia al segundo Pitt. Éste se imponía al Parlamento; era, según la frase de Thiers, « el más hábil conductor de asambleas de los tiempos modernos »; aquél entusiasmaba y arrastraba por la fuerza comunicativa de su convicción. « Un caballero francés mostrábase sorprendido de la influencia inmensa que sobre la nación inglesa ejercía un hombre como Fox, dado á los placeres, y arruinado por el juego y las apuestas en las carreras de caballos; lo cual oído de Pitt, le dijo por toda contestación: « Se conoce que no

(1) *Ibid.*, p. 190.

habéis estado nunca bajo su mágica influencia (1). »

Comenzaba sus discursos con dificultad, no por escasez sino por exceso verbal; le costaba trabajo la selección de sus primeras expresiones. Luego, la improvisación se encauzaba, amplia y magnífica. Excitado por la pasión del debate, manifestaba todo su poder tribunicio en la réplica.

« Lenta y gradualmente, como decía Burke, llegó Fox á ser *en la discusión* el orador más poderoso y brillante que haya existido jamás, y el mismo Fox atribuía su éxito á la resolución que formó, siendo aún muy joven, de hablar, bien ó mal, una vez al menos cada día : « *Durante cinco legislaturas consecutivas* (son sus propias palabras) *he hablado diariamente*, con excepción de una sola vez, y nada siento tanto como no haber hablado ese día... » Sería difícil hallar un gran orador que no haya dominado su arte á costa del auditorio, ó, mejor dicho, que no haya hecho su aprendizaje á costa de él (2). »

El ejemplo de Fox es muy significativo; deben imitarlo los que se dedican á la tribuna pública. Ese ejemplo confirma una vez más la verdad de la palabra de Paignon : « Se aprende á improvisar en virtud de actos repetidos. » *Hablar, hablar, hablar* : he aquí el *único* método que puede formar oradores.

(1) MACAULAY, *op. cit.*, *William Pitt*, p. 257.

(2) MACAULAY, *op. cit.*, *Lord Chatham*, p. 22.

El Segundo Pitt.

Tipo de verbo-motor absoluto, como su padre. El ilustre hijo de lord Chatham comenzó á brillar en el Parlamento desde los veintiún años. Su precocidad fué extraordinaria. Nació orador. « Habíase familiarizado, escribe Macaulay, con algunos de los mejores autores ingleses, y más principalmente con Shakespeare y Milton, siendo las disputas del Pandemonio uno de sus pasajes predilectos... ; y cuando recitaba el discurso incomparable de Belial, producía efecto extraordinario en su auditorio por la cadencia melodiosa de su método; circunstancia que largo tiempo después de su muerte recordaban sus amigos, y á la cual contribuyó mucho, aparte de su aptitud natural, el *continuado ejercicio que hizo desde la niñez en el arte de guiar la voz*. Era la suya sonora y clara, y su padre, cuya fama de orador elocuente vino en cierto modo de su habilidad para emitir los sonidos, aprovechó estas ventajas del joven William para desarrollarlas en su provecho... La educación de Pitt fué la más ocasionada para formar un grande orador parlamentario, y digan cuanto les plazca los que sostienen y repiten que son contrarios á este fin los estudios clásicos que absorben tantos años de trabajo asiduo á los jóvenes, en razón á que les impiden aprender y dominar la lengua patria..., observa-

ción es esta que no puede aplicarse al caso de Pitt, porque sus estudios recibieron un impulso especial, y que, de consiguiente, sólo fueron parte á *enriquecer su vocabulario inglés y á darle mucha práctica y facilidad en el arte de construir las frases de manera elegante y correcta*. Porque su método consistía en leer una ó dos páginas de un autor griego ó latino, en *apoderarse de su sentido*, y traducirlo después *en alla voz en su propio idioma*. Así lo hizo con su primer maestro Wilson, y así continuó luego con Prettyman, no siendo por tanto extraño que un joven dotado de clara inteligencia como él lo fué, y que *la ejercitó de tal modo durante diez años consecutivos, lograrse adquirir sin igual facilidad para expresar sus pensamientos, sin esfuerzo ni trabajo*, por medio de palabras bien escogidas y de períodos elegantes. — De cuanto ha llegado hasta nosotros de la literatura clásica, las arengas de los oradores antiguos eran lo que leía con más gusto nuestro William Pitt, consistiendo su ocupación favorita en comparar los discursos en *pro* y en *contra* de un asunto, analizándolos y fijándose mucho en los argumentos del primer orador que dejaba el segundo sin respuesta, ó refutaba ó eludía. Mas no era únicamente leyendo arengas como estudiaba entonces el arte de la esgrima parlamentaria, pues cuando pasaba temporadas en el seno de su familia no le faltaban ocasiones de *asistir en Westminster á debates de la mayor im-*

portancia, y se consagraba con tanto afán á seguir su curso como atención científica fija un discípulo de Guy-Hospital cuando concurre á una operación difícil... Á esta época y á estas visitas á Westminster se refiere un curioso episodio de su vida que no queremos dejar pasar sin mención especial. Es el caso, que Pitt, cuyo talento nadie conocía fuera del círculo de sus parientes y de sus compañeros de Cambridge, se encontró con Fox en la Cámara de los Lores y le fué presentado por un amigo de ambos. Fox, pues, que tenía once años más que Pitt y ya era uno de los principales oradores de la Cámara y el más temible y poderoso en lides parlamentarias que hasta entonces hubiera parecido en Inglaterra, refiere que mientras duró la discusión, Pitt se volvió á él repetidas veces para decirle : « Mr. Fox, me parece que podría contestarse tal cosa », ó « Perfectamente; pero creo que también debiera decirse cual otra. » Fox olvidó las críticas parlamentarias de Pitt; pero en cambio expresó siempre la sorpresa que hubo de causarle la precocidad de juicio de un joven que durante toda la sesión parecía *exclusivamente preocupado de las respuestas que pudieran hacerse á los oradores de ambos lados de la Cámara* (1). »

« El 26 de 1784 pronunció su primer discurso apoyando el plan de reformas económicas pro-

(1) MACAULAY, *op. cit.*, p. 240, 241 y 242.

puesto por Burke. Fox se levantó al mismo tiempo; pero renunció en su obsequio á usar de la palabra, quedando los oyentes del novel orador sorprendidos y embelesados de su apostura, digno ademán, majestuoso estilo, animación, aplomo, acierto y viveza en replicar á los que le habían precedido en el debate, del timbre argentino de su voz y de los períodos elegantes y correctos de su *improvisación*... — Para juzgar de la elocuencia incomparable de Pitt, ó mejor dicho, para formarnos idea de ella, hemos de recurrir y de darnos por satisfechos con lo que nos ha legado la tradición, porque de cuantos oradores han existido el siglo pasado, él es, sin duda ninguna, quien más podría quejarse y con mejor derecho de la manera cómo los redactores de periódicos reprodujeron sus discursos. Ni tampoco esto puede atribuirse á malicia de su parte ni á torpeza, puesto que los críticos contemporáneos observaron cuán difícil era, si no imposible, apoderarse de su palabra; y para darse cuenta de su oratoria, no había más medio sino es oirlo, como que le aplicaron con insistencia la frase de que se sirvió Tácito para describir el destino de un senador cuya retórica se admiraba en el siglo de Augusto: *Haterii canorum illud et profluens cum ipso simul extinctum est*. No obstante, aun quedan abundantes muestras de que la naturaleza proveyó á Pitt pródigamente de los talentos propios del orador, y de que *adquirieron maravilloso*

desarrollo, merced á la educación que recibió y á la elevada posición social que ocupó muy luego y en la que pasó la mayor parte de su vida pública. — Desde la primera vez que habló en la Cámara de los Comunes, Pitt se mostró superior á todos sus contemporáneos por la facilidad de su palabra, pues *podía improvisar una serie de períodos redondos y majestuosos sin pararse á buscar una sola expresión ni repetirla*, con voz clara y pronunciación correcta y sonora. Había más grandeza en las ideas de Burke y galas más espléndidas; más habilidad en Windham; en Sheridan más ingenio, y más destreza en la dialéctica de Fox y más elocuencia también, de esa elocuencia que consiste en partes iguales de razón y de pasión mezcladas y confundidas; pero al decir de cuantos tuvieron la dicha de oír habitualmente tan grandes oradores, Pitt fué superior á Burke, á Windham, á Sheridan, y no inferior á Fox. Su declamación era exuberante, magnífica y grandiosa; ningún tribuno antiguo ni moderno le aventajó nunca en la fuerza de los sarcasmos, arma terrible de la cual hacía uso contra sus adversarios de una manera despiadada, y además reunió en grado superior las dos cualidades de la oratoria que tan útiles son á los hombres de Estado, porque nadie acertó como él á ser claro y nebuloso en la medida de la necesidad. Cuando quería ser comprendido, siempre lo alcanzaba, importando poco al efecto que la materia

fuese de suyo complexa y oscura, pues presentaba el asunto con admirable lucidez, ya que no siempre de un modo exacto y concienzudo : cada cosa se ofrecía colocada en el lugar correspondiente : detalles prolijos, fechas, cifras, nada quedaba en olvido, y los más difíciles é intrincados problemas económicos expuestos por Pitt se antojaban demostraciones evidentes á las inteligencias vulgares. En cambio, cuando no quería ser explícito — ¿y qué hombre de Estado, hallándose al frente de los negocios, quiere serlo siempre? — poseía la facultad maravillosa de no decir nada en un lenguaje que parecía decir demasiado. Al propio tiempo era él único que pudiera *discutir un presupuesto sin valerse de notas*, y el único asimismo que, como decía Windham, pudiera *sin preparación pronunciar la más evasiva é insignificante de las oraciones... á saber : un discurso de la Corona* (1). »

(1) MACAULAY, *op. cit.*, páginas 247, 272 y 273.

CAPÍTULO III

Enrico Ferri.

El célebre abogado italiano, al consagrar un estudio á mi obra en la *Revue des Revues*, se ha dignado revelarnos, con su brío habitual, su propia psicología oratoria. — He aquí una parte de ese magnífico fragmento :

« Recuerdo que apenas hube recibido el diploma de doctor en derecho, cuando estaba en Pisa, en 1878, para hacer mis estudios de perfeccionamiento con el célebre criminalista clásico Francesco Carrara, encontré un medio muy ventajoso para « desatar el frenillo » — como se dice en Italia, — un ejercicio que no había encontrado en ningún tratado de elocuencia, pero que respondía instintivamente á la gloriosa divisa del renacimiento científico « *provando e reprovando* ».

« No pensaba en este tiempo ir á defender en el